NACHÁ

La población de Nachá se integra, con la de Zurita, en el término municipal de Baélls. Situado a escasos kilómetros del límite que demarca la frontera con Ribagorza y comunicando con el lindante Camporrells, el lugar se emplaza al pie de la carretera N-230, a unos 3 km de dicha localidad, junto a las inmediaciones del Barranco de Regal, y alzándose el núcleo urbano sobre un cerro escarpado a 680 m de altitud.

La historia de Nachá debiera abrazar, en comunión con las localidades colindantes, el transitar de la Reconquista. Y, sin embargo, los trazos de su pasado medieval han suscitado cierta contradicción historiográfica, derivando ésta de las inconsistencias generadas por la información procedente de las principales fuentes disponibles. Si bien, en la documentación parece evitarse el registro de la memoria musulmana, una lectura contemporánea asocia la liberación del castillo y de la población al vizconde de Ager, Guerau Ponç II de Cabrera, en una fecha anterior a 1090. Precisamente, se fecha en este mismo año la noticia que recoge la toma de la plaza de Calasanz por el conde de Urgel Ermengol IV, apareciendo en ella documentado por primera vez Nachá. La segunda mención se remonta, en cambio, al 15 de enero de 1092, recogida por Ubieto Arteta en el *Cartulario de Santa Cruz de la Serós* y refiriéndose a el *castellum de Naga*. Cabe, no obstante, trasladarse a 1125 para encontrar un testimonio escrito que avale el primer suceso sobredicho; se trata del testamento de Guerau Ponç II de Cabrera, pues se citan en él los castillos de Camporrells, Piñana, Baélls, Estopiñán, Caserras y Nachá.

Con ello, la controversia parece no cesar al constatarse que tras la incorporación en 1322 de los vecinos Estopiñán, Camporrells, Baélls, Zurita y Castillonroy a los territorios de la Baronía de Castro, el rey Jaime II de Aragón rechaza unir el de Nachá. Pudiera ello atribuirse al carácter del enclave, quizá de relativo interés entonces y todavía un siglo después, contabilizándose únicamente 15 fuegos en el censo de 1495. Hecho éste, por otro lado, que refrenda el padrón de 1586; el mismo que confirma la pertenencia del lugar al condado de Ribagorza.

En cualquier caso, como aldea de señorío sus atribuciones no volverán a notificarse hasta 1625, cuando aparece integrado en la baronía de Espés, según se hace señalar en el acta de transferencia del condado ribagorzano a la corona y haciéndose eco del dato Manuel Iglesias Costa a partir de copia conservada en el Archivo de Roda.

Santa María la Real fundación

Iglesia de San Nicolás

Aunque parezca no compartir con las localidades adyacentes circunstancias históricas de notable transcendencia, la entidad de la iglesia parece denunciar cierta declaración de intenciones. Dominado el caserío por el templo desde lo alto de la loma, la cresta del peñasco que sirviera de asiento al casco urbano se reserva regladamente al castillo. Desaparecidos casi en su totalidad la mayoría de los edificios, poco se conoce de la fortaleza de Nachá, y no perviven sino los vestigios de lo que fuera una cámara subterránea, de planta rectangular y ligeramente irregular, para acomodar las aristas al perfil abrupto de la roca. Son sus paredes de sillería en arenisca bien labrada, presentando cierre abovedado.

A unos 6 m de dicha habitación se alzan imponentes los muros de la iglesia, ofreciendo vista lejana del castillo de Lérida y anunciando su recorrido vertical tres intervenciones distintas. En la primera etapa se emplea la piedra caliza, construyendo con ella la cripta; ambiente hoy parcialmente recuperado y que ocuparía una pequeña superficie de sillarejo varios metros bajo el nivel del suelo. Su composición paramental difiere sustancialmente de la que define la iglesia superior, con aparejo a base de sillares de caliza rojiza y piedra arenisca, escuadrados, escodados y ensamblados con una solución de mortero de cal y arena. La tercera fase corresponde a la reforma de las bóvedas y a las ampliaciones góticas. Del mismo modo, pertenece a un momento tardío la torre elevada sobre la cabecera, realizada en ladrillo y articulada en dos cuerpos, recibiendo las esquinas forma de chaflán y cubriendo mediante cúpula.

La restauración de las bóvedas sacrificó la salud de la iglesia con la consecuente elevación de los muros, pues éstos

Vista general

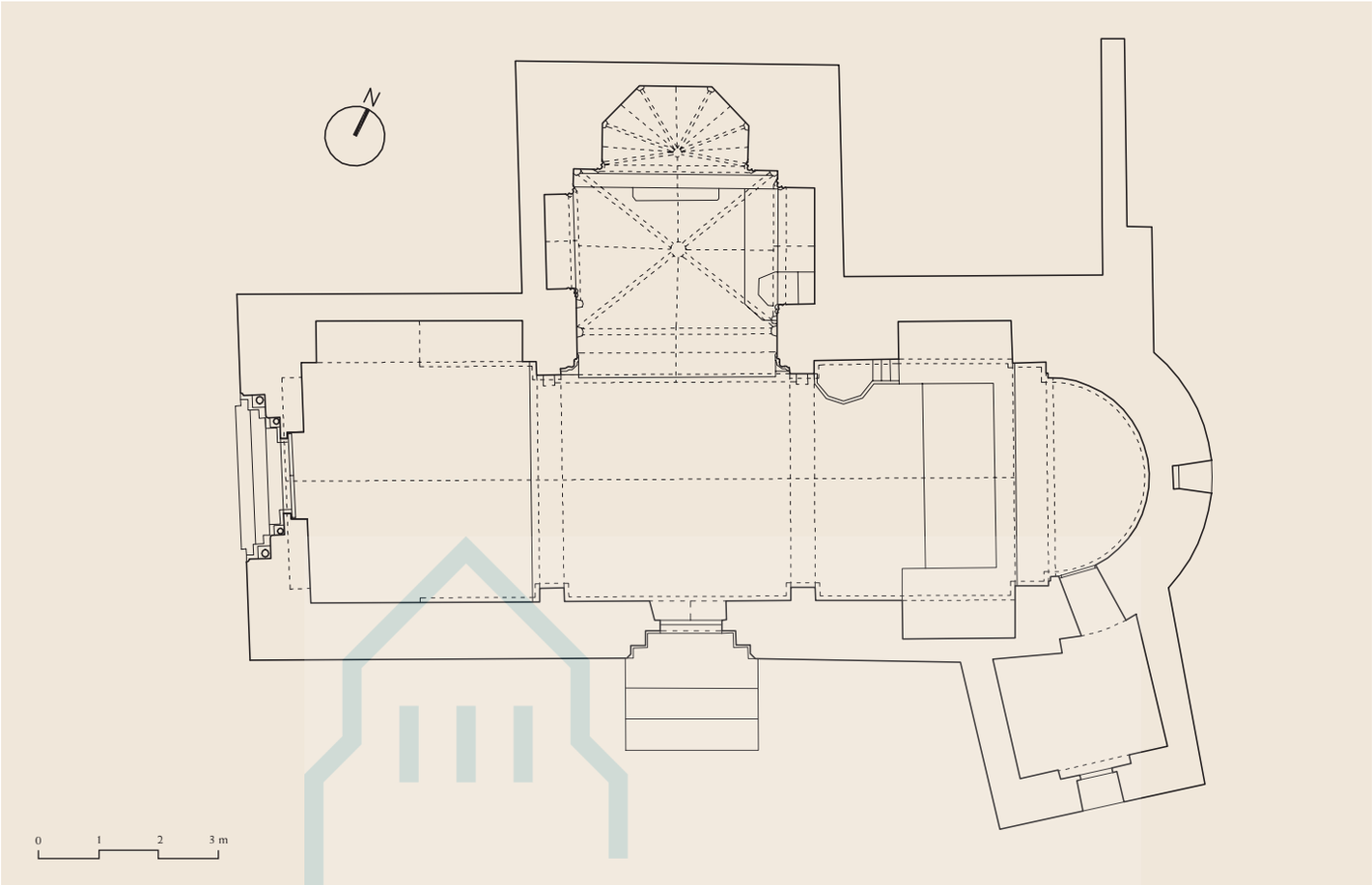
Ábside

y, en especial el septentrional, acusan un desequilibrio que se traduce interiormente en filtraciones y humedades que condicionan la idónea conservación del conjunto.

El espacio inferior –que se tiene por una cripta– comprende sólo unos pocos metros, utilizados, en otro tiempo, para depósito del cereal que la parroquial recibiera en pago de diezmos y rentas. Hoy prácticamente en penumbra, recibe iluminación de una ventana de derrame interior, y permite descubrir, a media luz, alojado en uno de los laterales, lo que con toda seguridad fuera la cubierta de un sarcófago gótico fechable en el siglo XIV. La cubierta fue redescubierta recientemente tras la rehabilitación del almacén pero la factura y la heráldica en ella presentes parecen comulgar con el estilo y los escudos de armas tallados en otro sepulcro, custodiado un tiempo entre los bienes sacros del Museo Diocesano de Lérida y destinado después a integrar la exposición permanente del Museo Diocesano de Barbastro-Monzón, tras decretarse por sentencia vaticana su propiedad aragonesa. Se trata de una excepcional obra en piedra arenisca clara, que apoya sobre dos majestuosos leones y en cuyo frontal aparece la representación sedente de Cristo circundado por una mandorla y flanqueado por sendos escudos. Éstos decoran, asimismo, el lateral y una de las vertientes de la tapa –la única historiada–, siendo escoltado este último en el costado izquierdo por un león con una filacteria que reza MARCHV, y en el lado opuesto por un seglar entronizado que sostiene un documento con la mano izquierda y alza al cielo el índice de la diestra.

El contenido de la inscripción que acompaña al felino pudiera tomarse como indicio de la identidad del personaje sentado sobre el trono, pues en el contexto del arte medieval hispano esta disposición de la mano se vincula a la gestualidad del apostolado en cuanto que gesto transmisor de información y, en particular, de difusión de las creencias cristianas. El documento que porta en la mano contraria y el propio león podrían contribuir, igualmente, a su identificación con el apóstol san Marcos. Siendo así, la plástica estaría aquí al servicio de comunicar un conocimiento muy específico estando señalando el *índex* a la parte superior y, por tanto, apuntando directamente a Dios, el cual, por otro lado, se hace presente visualmente en la zona inferior del sarcófago.

Fundación Santa María la Real



Planta

Alzado sur

Alzado oeste

Santa María la Real fundación

Cripta

Portada oeste

Santa María la Real fundación

Sin embargo, uno de los elementos parece contradecir dicha tesis abriendo otra posible perspectiva con respecto a su lectura iconográfica. La vestimenta, propia de un caballero, y el trono suscitarían la posibilidad de considerar un noble o un rey y en consecuencia, el gesto debiera interpretarse –según apunta Alicia Miguélez Cavero– como un atributo de poder. Se trataría entonces, de la contraposición formal y temática de un episodio religioso frente a otro de carácter profano y revelaría, este último, la voluntad del personaje de expresar un determinado juicio o valoración, o bien, de emitir cierto castigo, orden u obligación.

Desde la cripta se accede, a través de pronunciados escalones pétreos, al interior de la iglesia, cuyo aspecto actual se antoja muy transformado y especialmente rehecho después de los episodios de la Guerra Civil que afectaran a la población.

La nave, dividida en tres tramos, se cubre mediante bóvedas de cañón. El perfil excesivamente apuntado de las cubiertas estriba, probablemente, en la intención de uniformar el espacio con respecto al resto de bóvedas de factura gótica. Sostienen sus esfuerzos arcos fajones de ojiva que apean en pilastras adosadas. El perímetro de la nave se decora con imposta de bisel, sutilmente elevada de la que recorre el semicilindro absidal.

Interiormente, todos los muros fueron enlucidos y coloreados muy desafortunadamente en azul pastel, llegando a emular la pintura, incluso, el acabado en ladrillo en el tercio superior y recibiendo un tono terroso el cuarto inferior. El ábside, precedido por la arcada del presbiterio, cierra en bóveda de cuarto de esfera y, aunque se impregna de luz artificial, en su día estuvo centrado por un vano de medio punto y doble derrame, ahora cegado.

La fisonomía original del templo se vio alterada con la construcción de la sacristía –abierta en el costado derecho de la cabecera– y de la capilla de filiación gótica que se abre al Norte, entre las pilastras del segundo tramo de la nave. La primera comprende una pequeña sala rectangular y la segunda se articula en tres nichos, más estrechos los laterales y rematado en testero pentagonal el último. Se cubren todos mediante bóveda de crucería, labrándose en la clave el Cor-

Capiteles de la portada oeste

Santa María la Real fundación

dero Místico. El muro sur revela igualmente otra variación, pues antecede la arcada presbiterial una pequeña capilla que se cierra con bóveda de medio cañón y se apareja con el arcosolio apuntado que antecede el púlpito del flanco opuesto. Inmediatamente anterior al coro, en el primer tramo del lienzo septentrional, aparece abierta otra capilla. Ésta, apuntada, recibe –como el resto de la nave– la luz que penetra a través del ventanal rectangular de la pared occidental.

El acceso actual se abre a mediodía. Es una portada de arco de medio punto y consta de tres arquivoltas lisas, con baquetón la central, que se apean en ábaco corrido. Las jambas, rectas, presentan sencillas cruces talladas.

No obstante, es imprescindible detenerse, con particular atención y estudio, a señalar la importancia que merece la portada de Poniente. Cegada interiormente y considerablemente elevada con respecto al nivel actual del suelo exterior, estuvo tapiada hasta el año 2008, momento en que se hizo luz sobre algunos de sus motivos iconográficos.

La portada consta de cinco arquivoltas en degradación; son éstas de baquetón muy abocinadas y apean sobre doble imposta biselada. Sobre ella se labra un rico friso con un vasto repertorio vegetal a base de hojas de higuera entre las que interfieren palmetas, piñas, agujas y otros motivos florales. Sostienen la imposta capiteles historiados que descansan sobre jambas rectas, intercalando entre ellas dos finas columnas monolíticas que reposan sobre basas con decoración denticulada bajo el toro superior. Dicho estriado es de hechura análoga al que aparece en las iglesias de San Miguel de Foces en Ibieca, Nuestra Señora de Baldós y la ermita de San Juan, emplazada, como la anterior, en Montañana. El trasdós exterior de la arcada se remata mediante puntas de diamante.

La decoración se reparte de modo desigual en las escocias y boceles con que se agotan las aristas de las jambas. Aquí, los motivos parecen aparejarse alternando las máscaras y las hojas de higuera con escudos heráldicos. Especialmente dañados por efecto de la intemperie, sólo es posible reconocer en ellos una de las formas que adoptara el blasón del linaje de los Entenza, a saber escudo de oro con jefe de sable, según se reproduce en el manuscrito de Pedro Costa, heraldista catalán del siglo XVIII. La calidad que permite intuir la malogra-

Interior

da ornamentación de la portada hace pensar en promotores de cierta importancia; tesis que legitimaría la presencia reiterada del escudo de la familia Entenza. Fueran los miembros de dicha estirpe herederos del Condado de Urgel, y aún parientes de los Cabrera, el segundo linaje del condado urgelitano. Y, con ello, debe contarse su ascendencia entre las más antiguas del Reino de Aragón, vinculándose además en parentesco y cordialidad con los reyes aragoneses. Fe de ello da Gombaldo de Entenza, quien hacia 1096 se encontraba apoyando a Pedro I en el cerco y toma de la ciudad de Huesca, y aún don Pedro de Mir y Entenza que aparece mencionado entre los ricoshombres que ampararon las huestes de Alfonso I el Batallador en el sitio de Zaragoza de 1118, pudiendo, así, determinar con él la génesis del linaje al emplazarla en la figura de Arnau Mir, cuyas numerosas victorias en las montañas ribagorzanas nutren las gestas que visten los albores de la Reconquista. No obstante, sería el célebre noble ribagorzano Berenguer de Entenza el más reputado de los descendientes, pues, capitaneando el ejército almogávar, su impronta en la historia se sellará con la disputa que iniciara en 1279 con los templarios asentados en el castillo de Miravet; contienda entablada por razón de impuestos y que derivaría en un violento enfrentamiento que perduraría hasta su muerte en 1306, castigando duramente la ribera del Ebro.

En cuanto a la iconografía, la representación en los capiteles pudiera responder al propósito de abrazar un programa. Sin embargo, la erosión de la piedra y el desgaste de los motivos permiten identificar sólo unos pocos detalles. Parece que la estructura narrativa se adecuara a la transmisión de una sucinta *lectio theologica*, combinando sendos relatos –a saber, ejemplificador y bíblico– en un solo texto. Con todo, son únicamente perceptibles algunos personajes eclesiásticos tocados con la mitra, juglares con vestimentas rayadas y algún otro seglar que porta una vara o un instrumento de viento estrecho.

En lo que se refiere al resto de motivos, en la jamba más interior del costado izquierdo aparece labrada una bestia que sostiene entre sus fauces a un individuo. Sin menoscabo de su finalidad decorativa, es preciso, también, hacer al monstruo acreedor de una función simbólica, asumiendo la posibilidad de interpretarlo alegóricamente como la máxima representación del Mal. Aquí, la imagen informa, casi en términos de literalidad, sobre contenido sito en los textos sagrados. A pesar de ello, la bestia aloja un sentido que la Biblia atribuye en paralelo al león y a Leviatán. Por un lado, la mandíbula de Leviatán es la boca del infierno, a la que se refieren los textos de Job (41, 1: "Y a Leviatán, ¿lo pescarás con un anzuelo? ¿Podrás atarle la lengua con una cuerda?; y 41, 9) y de los Salmos (104, 26: "allí navegan los barcos, allí está el Leviatán, el monstruo que hiciste para jugar con él"). Rápidamente, los comentaristas del libro de Job asociarán a Leviatán con una figura de Satán y de sus obras, admitiendo san Gregorio Magno que algunos de dichos versículos se refieren a la victoria de Cristo sobre el Mal. Y del mismo modo, en la Edad Media, la fuerza desmedida del león y su apetito irascible y descontrolado llevarán al felino a asumir el simbolismo del diablo y del ingreso infernal devorador de almas. En su primera epístola, dice san Pedro a los judíos en la diáspora: "Sed sobrios hermanos y velad, pues el demonio, enemigo vuestro, como un león rugiente trata de devoraros". Y aún, en el breviario romano –oficio de difuntos– se eleva una plegaria por las almas: "Líbralas Señor de las fauces del león y que no se las trague el Tártaro infernal"; sin olvidar al joven David que venciera al león-demonio en el libro de Samuel (17, 34 y ss.). Teniendo en cuenta el deterioro de los capiteles, la única lectura que se puede verter sobre la narración en piedra, es la que obliga a especular sobre un sentido reminiscente de las consecuencias del pecado.

Formalmente, se ha vinculado el estilo de la decoración a los talleres de la denominada "escuela de Lérida", tomando como fundamento la profusión de motivos fitomórficos y ausencia de tímpano. Atendiendo a ello, la portada de Nachá pudiera resultar un eco algo aislado de la conocida portada ilerdense de Santa María de Agramunt. Aunque es compli-

Santa María la Real de Nájera

cado aseverar dicha valoración, sí cabe asociar la portada a criterios formales que encuentran repetición en algunas iglesias ligadas directa o indirectamente a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén. Así, además del calado de las basas repetido en Foces y Baldós, el motivo de las hojas de higuera será un *continuum* en ambas, sumándose en las impostas de la puerta de la ermita de San Juan en Montañana. Por último, la representación de la bestia andrófaga de la jamba redunda en las mochetas de las portadas de los dos templos de Montañana.

Aunque se especificó un momento anterior, inscrito en el transcurrir del siglo XII, para la construcción de la iglesia inferior, ya se ha insinuado la adscripción de la segunda etapa constructiva, la de filiación románica, a los parámetros constructivos difundidos por los talleres dependientes de los monjes sanjuanistas. Es así que tanto la portada occidental, como el aparejo y los materiales –de importación– parecen acreditar la circunscripción de la fábrica en el siglo XIII.

Como las vecinas de Camporrells y Baldellou, la iglesia de San Nicolás pertenecería a la canónica de San Pedro de Ager, pasando a depender del obispado de Lérida hasta su incorporación reciente al de Barbastro-Monzón.

Texto y fotos: VCAS - Planos: MLN

Bibliografía

AA.VV., 1997c, pp. 268-270; Adell Castán, J. A. y Montori Escalona, M. J., 1985, pp. 36-37; Aramendía, J. L., 2001a, pp. 32-34; Calahorra, P., Lacasta, J. y Zaldívar, Á., 1993, pp. 123-128; Cardús Llanas, J., 1958; González-Doria, F., 1994, p. 525; Herrero Marcos, J., 2010, pp. 129-144; Iglesias Costa, M., 2003-2004, 3, pp. 200-203; Mâle, É., 2001, pp. 408-412; Malé Miranda, G., 2008, pp. 43-44; Miguélez Cavero, A., 2009, pp. 115-122; Palomares Puertas, A. y Rovira Marsal, J., 2008, XXIX, pp. 142-143; Planes y Closa, J. M., 1986, pp. 41-65; Río Martínez, B. d'o, 1996, p. 24; Río Martínez, B. d'o, 1998, p. 123; Ubieto Arteta, A., 1966a, p. 29; Ubieto Arteta, A., 1984-1986, II, pp. 912-913; Villanueva Astengo, J., 1803-1852 (2001), XV, p. 123.

Santa María la Real fundación

Santa María
la Real fundación